

# ACTUALIDADES

ADMINISTRACIÓN:  
7.<sup>a</sup> Avenida Este, 42 - Apartado 638  
PRECIO DE SUSCRIPCIÓN:  
Serie de 10 números: ₡ 1-00, pago adelantado

## 1916

COLABORACIÓN:  
F. NAVARRO LEDESMA — GUILLERMO VALENCIA  
VICTOR GUARDIA — LUIS ANDERSON — VALERIANO  
F. FERRAZ — ALEJANDRO ALVARADO — PIERRE  
MILLE — JUAN HERMIDA — R. FERNANDEZ GUAR-  
DIA — EREMITA — ROB. FIGUEROA — F. SOLER

Año I - No. 5 **BISEMANARIO DE LA VIDA NACIONAL** San José, 18 Diciembre  
DIEZ CÉNTIMOS — Director, FRANCISCO SOLER, Editor — DIEZ CÉNTIMOS

## UNAS PALABRAS A LOS OBREROS

Mi reciente actitud en la Cámara—al in-  
crepar la conducta de algunos trabajadores  
del Departamento de Obras Públicas, que  
alimentan en las barras del pueblo el ser-  
vicio de *clac*, confeccionando aplausos y  
silbidos de alquiler, ha dado pábulo a la mala  
fe de los que dirigen este triste servicio de ma-  
rionetas, para correr la voz de que yo me  
complazco en agraviar a los gremios obre-  
ros.

Nada tan lejos de mi ánimo. Los obreros  
de las ciudades y los labriegos del campo  
han sido la gran fuerza propulsora de todos  
los tiempos en los trajines del esfuerzo hu-  
mano; y se puede decir que en el orga-  
nismo social ellos son el brazo fuerte que  
fecunda la idea y le pone alas. Yo se he-  
guido siempre con el mayor interés las ma-  
las condiciones de su penosa existencia, que  
habría querido mejorar, no por obtener sus  
votos aquí o allá,—les hago gracia de ese  
beneficio,—sino por un sentimiento de equi-  
dad, por este anhelo de justicia que go-  
bierna mi espíritu; a Dios gracias con bastante  
poderío.

Esos generosos deseos me conmovieron  
hace poco, cuando a nombre de la Sociedad  
Federal de Trabajadores, vino a mí un joven  
obrero y me narró las penas de Caín que  
padecían cien o doscientas familias de pro-  
letarios—que buscando un arraigo y un  
abrigo—se habían ido a fincar en medio  
de una selva, hasta donde había llegado a  
despojarlas y expulsarlas una mano podo-  
rosa. Yo le dije al emisario: dígame a sus  
compañeros que no sólo me hago cargo de  
defender en justicia los derechos de esa po-  
bre gente—sin cobrar un céntimo—sino  
que voy a promover una reforma legislativa  
en resguardo de su tranquilidad de hoy y  
del mañana. Y elaboré un proyecto de ley  
en el que puse mi nervio y mi alma; lo  
defendí en la Cámara con un tesón de que  
fué testigo todo el país,—con lo que no  
logré impedir, sin embargo, que los siede-  
ntes republicanos, mis colegas, lo hicie-  
ran abortar incruentamente, sin haberlo acep-  
tado siquiera, sin conocerlo, sin estudiarlo,  
sin discutirlo...

Luego cuando se plantearon los proyectos  
de tributación directa, ofrecí darles el voto si

la contribución territorial se aplicaba total-  
mente a la mejora de las vías de comunica-  
ción y si la contribución de la renta se em-  
pleaba en su integridad en el rebajo de aforos  
aduaneros para aquellos artículos que son del  
abasto del pueblo: esto es, si los ricos venían  
realmente a aliviar la pena de los pobres; si  
la vida del obrero y del campesino habrían  
de abaratare; si sobre ellos no habría de re-  
caer el peso de ningún fardo contributivo. Ya  
sabemos que el Partido Republicano que nos  
gobierna desechó esta iniciativa: su programa  
fué de recargo general, mantenido en pro-  
vecho exclusivo del Fisco, hoy puesto a saco.

\*\*\*

Tales han sido mis antecedentes de repre-  
sentante, con respecto a las clases trabajado-  
ras. Y esa conducta me ha valido de parte  
de algunos obreros, no pocos silbidos y denues-  
tos. Se quejan de que me doliera su incon-  
ciencia y de que me diese una profunda lásti-  
ma el verlos resignados, no sólo a besar la  
mano que los explota y que deprime su de-  
coro, sino a lo que es peor, a morder a los  
que hemos querido librarlos de la afrenta y la  
miseria.

Mas hay algo aún peor: por boca de es-  
tos pocos hombres espernibles, se ha hecho  
decir que yo me ufano en el ultraje a las  
clases trabajadoras; y no ha faltado quien  
se haga eco de esta villana calumnia. Y por  
ésto me he sentido inclinado a decir unas  
breves palabras a los gremios del trabajo.  
Manteniendo mis cargos contra los imposi-  
tores que hablan a nombre de esos mismos  
gremios que ellos desnaturalizan, quiero de-  
cir a todos los trabajadores del país, que  
yo aspiro a ser su hermano, nada más que  
su hermano en el bien y en el esfuerzo; que  
nada pido de ellos—ni siquiera el voto—  
contal que no lo den tampoco a los pro-  
tervos; que toda la pequeña contribución de  
luces y la grande de buena voluntad que  
yo sea capaz de ofrecer, la pongo a sus  
órdenes, sin mezquindad, sin miserable in-  
terés; y que soy y seré el amigo, el servi-  
dor devoto de todos los hombres de bien  
—iguales todos para mí en clase y en afecto.

VÍCTOR GUARDIA QUIRÓS

## La risa, paje del miedo

Reímos constantemente porque a tuertas y  
derechas nuestra máxima preocupación es agrar-  
dar; no porque la risa nos rebalse del corazón a  
los labios.

Llevamos por guión ese lema, «agradar siem-  
pre», bueno sólo para cortesanas, señal de hip-  
pocrecia, símbolo de debilidad y horror de luchas  
mal avenido con la verdad.

Cualquier gesto que no sea reírse es para  
nosotros comprometedor. Y se asoma nuestra  
risa para impedir que se vean las turbulencias  
del espíritu, así sean las más justas y sagradas.

No de otra manera, introducido por su paje  
la risa, el miedo se ha enseñoreado de nuestros  
ánimos.

El temor constante de disgustar, ya arraigado  
como un hábito, nos ha ido haciendo perder la  
conciencia de nuestra personalidad y con ella se  
ha esfumado en nuestra apreciación el tanto que  
se nos debe.

Preocupados en risueña competencia nos ol-  
vidamos de nosotros hasta el punto de no saber  
ya cuáles son nuestros derechos, al par que pe-  
dimos, riendo, la energía necesaria para ponerlos  
de pie.

De ahí que en las mil vueltas y revueltas la-  
berínticas de nuestro miedo, no alcance a orien-  
tarse ni la máxima cristiana de «hoy por ti,  
mañana por mí», que Sancho firmara sin ren-  
tencias.

Y llegaremos a sentir, temblorosos, el temor  
del escudero en la aventura de los batanes; del  
agua que corre, del soplo de viento, de la hoja  
que cae...

¿Cuándo habrán de escalfarnos el miedo a  
nuestra propia pusilanimidad, como la concien-  
cia asusta al perverso?

Y cuando, como Aster de Anfipolis, tendre-  
mos el valor de lanzar públicamente la flecha  
zumbante y vengadora que lleve escrito: «Al ojo  
derecho de Filipo?»

Por qué si nos sentimos desfallecer, y el día de  
hoy se ha de avergonzar del de mañana, ¿no  
sería mejor desaparecer por nuestra propia ma-  
no, como lo hiciera Demócrito al sentirse en  
decadencia?

ROBERTO EL DIABLO

## Burbujas de champaña y abrazos de complicidad

El Designado en ejercicio y lo que parece la  
plana mayor de los servidores del Ejecutivo, es-  
tuvieron a visitar al don Máximo Fernández Al-  
varado.

Hubo champaña. Hubo brindices. Hubo abra-  
zos. Y habría habido fraternidad si pudiera exis-  
tir entre gentes que riñen por tristes intereses  
materiales.

No se explica cómo don Alfredo González vi-  
sita al señor Fernández después de haberse  
opuesto éste tanto a los proyectos de aquí.

En fin, ellos son arrieros del mismo y campan  
bajo la misma sombra.

### Lea usted CUENTOS GRISES

Por CARLOS GAGINI

Precio: 25 céntimos — Librerías Falcó y Borrásé y frente al Correo

## COSAS IGNORADAS por quienes no deberían ignorarlas

Entre las naciones que se debaten en la actual contienda europea, hay una que desenvainó la espada por mandato imperativo del deber y sólo por esto.

Hubiera pactado con el brutal atropellador de sus derechos, como lo aconsejaban, sin duda alguna, las doctrinas que preconizadas desde ciertas cimas de nuestro país, y Bélgica nadara hoy en un mar de prosperidades, pero también de infamia.

No en vano dejó sembrado en este suelo la indolgia España el principio de que *vale más honra sin vida que vida sin honra*. No en vano han sóplado en sus escuelas el aire sano y vigorizador de una filosofía que enseña que *no hay derecho contra el derecho*, que si es permitido alguna vez renunciar al mérito, jamás, en ningún caso, nos es permitido faltar al deber, y que el primero de todos ellos—después del que a la Divinidad se refiere—es defender la patria y sacrificarse por ella.

Bienes y fama y nombre y dicha y padre. Todo, aún los hijos, la mujer, la madre y cuanto Dios, en su bondad nos dé, como excelentemente dijo un gran poeta, honra y prez de su patria (Colombia) y de las letras castellanas.

No se ha dicho que un solo belga haya vuelto la espalda al enemigo; que uno sólo haya rechazado dar a su patria cuanto era y cuanto tenía; que sus eximios directores hayan abandonado al pueblo que han venido educando e instruyendo durante noventa y seis años; que su ciego y las tan calumniadas huestes de Cristo—meticulosos y envilecidos por las doctrinas de Roma, según dicen—hayan huido con sus tesoros, en busca de refugio y holganza, a más felices naciones, pero en cambio, se sabe que la sangre de estos maestros ha corrido mezclada a la de los discípulos, y el mundo, asombrado, ha oído, desde el principio del atropello y desde el fondo de las ciudades en ruinas y de los campos desolados, alzarse la protesta indignada, alta y sonora, sin vacilaciones ni temblores en la voz, con entonaciones apocalípticas, contra las brutalidades de la fuerza, contra las lesiones al Derecho; contra las profanaciones de la Justicia, formulada por el invicto Cardenal Mercier. Si de esa desventurada Nación no quedara más que esa protesta, ella bastaría para asegurarle su inmortalidad en la Historia, como los cantos de Homero bastaron para hacer imperecedera la memoria de la Grecia Antigua.

Pues bien: el alma de ese pueblo, que ha sido forjada por la instrucción pública, *libre en todos sus grados* desde 1830, y en su mayor parte encomendada a la iniciativa municipal, a la privada, y a la del clero secular y regular católico, y fuera de las influencias del Estado.

De un Cuadro de los Establecimientos de segunda enseñanza general en Bélgica que tenemos a la vista, tomamos los siguientes datos:

Hay 367 colegios de los cuales  
98 reales  
13 municipales  
13 subvencionados  
119 episcopales  
82 de Ordenes religiosas y  
42 privados—  
367 colegios de segunda enseñanza superior y media.

Es decir, 13.19 % del Estado y 62.81 % del clero católico, municipales, subvencionados y privados.

De los 66,700 alumnos de esa clase van a los Colegios reales..... 21.531  
» » municipales ..... 3.278  
» » subvencionados... 6.640  
» » privados..... 3.497  
» » episcopales y de Ordenes religiosas..... 36.754

66.700 alumnos

El erudito estudio de donde hemos sacado estos datos, dice: *Los obispos tienen derecho de inspección en las escuelas elementales y medias.*

Estos datos van, sin duda, a escandalizar a los que sólo saben leer en la cartilla del jacobinismo rojo francés; no obstante, si nos favorecerian con el estudio completo nuestros amigos, como lo esperamos, continuaremos demostrando a los directores de instrucción pública del país, que *la libertad de enseñanza es la regla general en las naciones civilizadas del mundo*, con la sola excepción quizá de la República Francesa, no por culpa de su forma de gobierno, pero sí por la de los falsificadores de ella. No hace mucho tiempo, no muy lejos de aquí, pudimos ver como se atrevió el *despotismo ilustrado* a sustituir su propia voluntad a la voluntad nacional, y ahora estamos gozando de los beneficios de esa sustitución. Allí, como aquí, los republicanos a la Rousseau, a la Robespierre, a la Saint-Just, usan iguales o parecidos procedimientos, quizá por aquello de que idénticas causas engendran idénticos resultados.

EREMITA

N. DE LA R.—*El artículo anterior fué escrito para la revista de don Elias Jiménez Rojas acreditada bajo el nombre de EOS; pero el director de aquel importante quincenal, con esa benevolencia tan suya, se sirvió cederlo para ACTUALIDADES.*

Reciba nuestros agradecimientos.

## BIBLIOGRAFÍA

CUENTOS GRISES, por CARLOS GAGINI. Falcó y Borrásé, Editores. - San José. - 1916.

El cuento es cosa ligera y alada, como la palabra—según frase clásica de un poeta griego—. Por eso es, también, más difícil contar un cuento, bien contado que escribir un buen libro de texto, una gramática, por ejemplo, un vocabulario y hasta un gordo léxico—con todas sus eruditas autoridades.

También parece cosa de viejos la literatura de semejante género épico de menor cuantía. Viejo era ya el clásico Luciano, cuando dejó su oficio declamatorio para escribir cuentos dialogados poniendo en solfa la popular mitología griega.

«El asno de oro», de Apuleyo, donde se lee el más célebre cuento de la antigüedad clásica y de todas las literaturas modernas, y «La Matrona de Efeso» perla en el muladar del «Saticrón», de Petronio, son obras maestras de cuentos viejos, si no de jóvenes envejecidos por el mal ambiente que respiraban...

Y ahora el señor Gagini, que algunos llaman «viejo maestro», aunque a mí me parece joven aún—todo es relativo!—escribe cuentos que, seguramente, serán leídos con más aplicación que sus diccionarios, sus gramáticas y demás pasto literario que haya podido servir a este su público de alumnos y admiradores. Yo que apenas fui su maestro, y antes profesor de los suyos, digo que estos ocho cuentos siempre tendrán, en su género, lugar preferente en la literatura de Costa Rica.

lo es «la leyenda»; pero el imitador de talento no pertenece a ningún «rebaño», antes bien resulta más original que muchos originales sin suficiente seso. La rapidez del cuento es de suyo aceptable, correcta, original.

«La bruja de Miramar es, a mi ver, lo mejor del pequeño buen libro de Gagini. No puede leerse sin interés, y, a partes, sin lágrimas. Quien no la lierta sobre alguna de sus páginas será duro lector; pero no habrá lectoras que puedan contenerlas viendo cómo se muere la pobre madre heroica...

Pero ¿a qué seguir? Todo es bueno y honesto y bello en estos Cuentos de un moderno que sabe de libros con ideas y hasta su imitación detectiva de «Hinososa» está correctamente hecha para excitar el mayor interés del curioso lector.

VAL. F. FERRAZ

## CARTA

SEÑOR DIRECTOR DE ACTUALIDADES

Su Redacción

Muy señor mío y amigo:

Quiero hacer constar por la presente, dos cosas que importan a mi humilde persona, a saber: Primera, que ni usted me pidió ni yo solicité colaboración alguna en su ilustrada Revista. Segunda, que si algo escribo en ella es pura y exclusivamente literario, si es que mis pobres cuartillas pueden ser cosa de buenas letras. Cuanto a «política», no soy tan torpe, ni me hallo aún tan falto de recursos, como intento meterme aquí en eso, no siendo, como no soy, costarricense.

Soy de usted afectísimo servidor,

VAL. F. FERRAZ

## Conceptos oportunos

Un gobierno artificial como éste, sin apoyo en la opinión ni cimiento en la justicia, ejercido por una minoría audaz contra la voluntad y los derechos de la mayoría nacional, sólo puede mantenerse con la fuerza; y para tenerla es necesario soltar la rienda a sus particulares, sean estos individuos particulares o funcionarios públicos, magistrados o jefes militares... bajo el pacto atroz implícito de ayudarse todos reciprocamente y a todo trance, con la ley o contra la ley... Buscan remedio legal en los altos poderes, judicial o político, contra los delitos (*del gobierno*) es mayor simpleza todavía: tales delitos son sancionados. Buscar en el Congreso, reparación de la cínica parcialidad de esos poderes refractarios, es cándido delirio: el Congreso lo sostiene como su cómplice. Buscar en otra elección... buscar en la apelación al pueblo el correctivo... es insensata esperanza: el poder hace lo que se llama elección y (los poderes públicos) proseguirán sordos e impasibles por el mismo rumbo.—«Salidos de una misma fuente (el fraude) ligados por un mismo interés—el interés de partido; consagrados a un mismo objeto capital—la perpetuación del señorío, los tres poderes públicos no se contraponen ni moderan alternativamente... para dar a las instituciones firmeza, a las leyes vigor, realidad al derecho, vida a la libertad, seguridad y confianza a los pueblos; sino que, empujados para conseguir su fin supremo, condición vital de su existencia, funcionan acordes, se toleran, se apoyan, se sostienen a todo trance, arruinando las leyes, atropellando por la justicia, renegando los principios, autorizando la licencia, deshonorando la patria y entregándola evidentemente a los horrores de la anarquía.

JUAN HERMIDA

# Tres reverencias

(Cuento traducido por Alejandro Alvarado Quirós para ACTUALIDADES)

John Bradford, uno de los más antiguos corresponsales especiales de la prensa inglesa, que debutó en la guerra de las tribus de Nueva Guinea en época que ni siquiera recuerdan las nuevas generaciones, que compartió la vida de los forzados siberianos hará cosa de veinte años para dar cuenta de su miseria en *Daily Telegraph*, que se encontraba en Roma, en el momento del asesinato del Rey de Italia, que desde hace como medio siglo no ha dejado pasar un gran espectáculo de Europa sin asistir a él, como vieja gloria del periodismo anglosajón, revelándose siempre cuidadoso, imparcial, impersonal, ávido de comprensión, hablaba y decía ese día, mientras fumaba su inseparable pipa:

«Apostaría a que a ustedes los neutrales y en general a todos los extranjeros, inclusive los ingleses que me escuchan, les ha sorprendido la grandeza, la energía, el noble esfuerzo realizado por Francia? No contaban con esto: artistas y bailarines, así pensaban los que juzgaban amablemente, la gran corrupción de Babilonia, tal era el criterio de los demás. Y vosotros, vosotros los franceses, los parisienses, tampoco protestabais como se debía. Sólo yo quizás, único en mi país y en el extranjero, no pensaba así o mejor dicho, yo no lo juzgaba así, pues si antaño había creído como todo el mundo, mi conversión era lejana y definitiva.

Data de la época en que el Presidente Kruger contempló la derrota de su país, después de una lucha que fué larga y me complazco en reconocerlo, heroica.

Lo digo con placer, ustedes saben que nada halaga más el instinto deportivo de un inglés como rendir homenaje a sus adversarios. Kruger había jugado su partida y lo hizo con maestría, pues fué preciso para vencer su puñado de Boers, que Inglaterra, la vieja y grande Inglaterra, apelara a todas sus fuerzas disponibles en aquel entonces, después, está reconocido, que nosotros teníamos mucho mayor poderío—y se gastaron más de diez millares. Pero al fin Kruger había sido batido y obligado a abandonar el Continente Africano, atravesaba entonces Francia, después de su primer y único viaje marítimo, se preparaba a refugiarse en Holanda, con el deseo de morir al menos entre hombres que hablaran su misma lengua.

«No me sentía atraído hacia él; era un enemigo y entiendo que es un deber no derrochar los afectos con los enemigos, pero tampoco sentía ninguna animosidad, pues le repito, estimaba que había jugado su juego ruda y bizarramente y después de todo, ya era un vencido.

Era contra ustedes franceses contra quienes estaba irritado. Las aclamaciones que lo habían saludado en Marsella, las aclamaciones delirantes de cien mil hombres exaltados me habían importunado. ¿Qué os importaba esta cuestión? Se trataba de nuestro imperio en África del Sur, de un hombre y de un país que habían sido envaletonados por vuestro enemigo el Emperador de Alemania; por qué mezclarse en nuestros conflictos coloniales; ¿qué relación podía existir entre vosotros y ese campesino valeroso y obstinado, que no tenía ninguna analogía con vuestra raza o vuestra cultura o con los

intereses de vuestra civilización? Por ello, la entusiasta recepción que se le hizo a Kruger me parecía inútil, excesiva, deprisiva para nosotros.

Era un viejo con aspecto de león tallado toscamente en un trozo de madera rojiza, un viejo con los párpados carcomidos y los ojos enfermos a punto de cegarse; para evitarle las fatigas del viaje directo de Marsella a París, se había decidido que el tren que debía tomar se detuviera en Dijon y que allí pasaría la noche en un vetusto hotel restaurado a la moderna y fué de los que lo acompañaron.

Mi deber de periodista me impulsó a hacerlo aun venciendo cierta repugnancia que confieso, pues mi tarea era penosa, todo saludo que se le dirigía me parecía una censura para mi patria. En Dijon recomenzaron las ovaciones tumultuosas, desde la estación al hotel marchábamos en medio de una multitud ruidosa, que se apelo-naba rugiendo, que se precipitaba hacia nosotros para tocar los vestidos del héroe, de ese héroe plácido, pesado, gigante que agachaba sus hombros hercúleos, sin que dignara siquiera dirigir una mirada a ese pueblo enloquecido e idólatra de su persona.

En esos instantes, no deseo ocultarlo y para la inteligencia de lo que debo relatar no quiero paliar que detestaba cordialmente al pueblo francés. Todo lo que se había dicho y escrito contra él, lo más cruel, lo más sangriento y difamatorio acudía a mi memoria, que saboreaba semejantes calumnias. Las consideraba justas y fundadas, en legítimas represalias; turba apenas buena para ahullar, conjunto de ignoros desequilibrados que así acogían con adoración al protestante testarudo que sólo había leído la Biblia, la Biblia que ellos negaban. No, ya nunca tendrían un pueblo amigo en Europa y en verdad lo merecían, era necesario dejarlos solos con su alcoholismo y su degeneración, con su egoísmo sádica y sus cálculos maltusianos. ¡Que gritaran a su gusto, llegaría el día en que Francia dejaría de existir y sería justicia!

Detrás de Kruger penetré al salón de espera del hotel. Supongo que allí estaban el Gobernador y el Alcalde que pronunciaron frases, que me obligaron a alzar los hombros con impaciencia.

De pronto, un gran silencio, se impuso uno de esos silencios que os hacen palpitar. Estaríamos en aquella asamblea como cien personas y todo el mundo tuvo la sensación de que pasaba algo grande. Y era una nada, muy poca cosa al menos: una vieja abuela del dueño del hotel, la misma que antaño había dirigido la antigua casa de huéspedes—cuando no se trataba sino de una de las más arcaicas y renombradas posadas de Francia, que avanzaba con su menudo paso, con su traje negro y su velo de viuda sobre los cabellos blancos... Mostraba su rollo de llaves en la diestra, para afirmar que era la dueña de casa y que aun no había dejado de serlo. La anciana se inclinó tres veces, hizo sus tres reverencias delante de su huésped, el vencido, el león de hocico duro y obtuso, las reverencias que había hecho antaño a Napoleón III y a Luis Felipe, esas reverencias que datan del fondo de las Provincias, que caracterizan a la nobleza de las campañas francesas.

¿Qué pasó? Lo que no se había logrado con los trasportes de centenares de miles de hombres, ese gesto simple y sublime de la abuelita lo obtuvo: Kruger se limpió una lágrima! Porque sin duda pensó en la acogida de la patrona de una gran hacienda del *velde*, de las que reinan en su casa y sobre la tierra. Así mismo lo hubiera recibido, pero menos bien, porque habría faltado la profunda gentileza, la augusta sencillez.

En las tres inclinaciones reverentes y aristócratas se reveló una vez más la nobleza de las tradiciones de una raza antigua que no ha perdido el nervio. Kruger, el terrible y nudoso Kruger lloraba, pero no sólo él, yo lloré también mientras pensaba: «Este pueblo existe siempre, este pueblo es indestructible, su cambio es de pura apariencia, porque sus mujeres son invariables y son las mujeres las que forman la raza».

A partir de ese momento, no he cesado de repetir a los escépticos: Ya veréis, ya lo veréis, si algún pueblo tiene poca variación es el de Francia, es un pueblo de cuarenta millones de aristócratas, todavía podrá asombrar al mundo!

PIERRE MILLE

## Guillermo Valencia y una escritora costarricense

Popayán, Colombia, 5 de noviembre de 1916.

Señores

don Julián Marchena y don Francisco Soler,  
Encargados de las Ediciones Minúsculas  
San José de Costa Rica

Muy distinguidos compañeros:

Hace ya mucho tiempo que aprendí de Luis Vives cómo todos somos ciudadanos libres en la República de las letras. Soy, pues, de aquellos a quienes puede hablarse con el cigarrillo en la boca. (1)

En política y en Arte me he ocupado siempre simultáneamente: no es menos grato ordenar estancias que multitudes, rimar vocablos que voluntades. ¡Tanto monta!

El libro que me enviaron no es un «libro», cual lo insinúan, con tanta modestia, ustedes. Es todo un Señor Libro, de cristalina diafanidad, trufado de ideas, lleno de fuerza y sutileza. *Carmen Lira* es pseudónimo? vela autor o autora. *Las fantasías de Juan Silvestre* descubren a veces delicadezas y sagacidades femeninas; en otras varonil dominio de la vida intensa y compleja, pero todo ello bajo fórmulas impregnadas de arte. Para acertos, apelo a la de Loris: «el Artista es un hombre que al mismo tiempo es una mujer».

¿A qué más pudiera aspirar yo que a verme amparado por la generosa hospitalidad de ustedes? Publiquen cuando quieran mis pobres versos que enseñándoles a volar así quizás puedan ir lejos.

Adjuntos hallarán ustedes algunos renglones recientes aun no conocidos allá.

En la Corona a *Selva* lo mío va señalado. Haciendo un buen esfuerzo he logrado desnudar las mangas de mi camisa de fuerza para hacerles desde aquí un signo cordial que no han de ver, y firmar como su admirador y camarada (2).

GUILLERMO VALENCIA

1. Los encargados de las «Ediciones Minúsculas» pedían perdón a Valencia, el gran poeta, por hablarle de modo un tanto irrespetuoso, «con el cigarrillo en la boca y la gorra calada».

2. Asimismo le pedían perdón por interrumpirlo ahora que el poeta «ha salido del manicomio del arte para meterse en la camisa de fuerza de la política».

## LEA USTED. LAS VÍRGENES LOCAS

(Cuentos de la guerra)

# TODO AL VUELO

¡VIVA DON LUIS FELIPE!

Buena noticia es la que nos da *La Prensa Libre*.

Parece que el Ejecutivo va a convocar de nuevo al Congreso a sesiones extraordinarias en marzo próximo, con el objeto de someterle los proyectos abracadabrantes de don Luis Felipe González sobre Instrucción Pública.

Para algo bueno había de servir alguna vez don Luis Felipe en su vida. Gracias a él tendrán de nuevo oportunidad los diputados de oposición para decir al Gobierno y a su compinche don Máximo algunas verdades más.

Vengan en hora buena las sesiones extraordinarias de Marzo. Las esperamos como agua de Mayo. Que vengan pronto, aunque pasen los proyectos de don Luis Felipe.

D. JUAN Y D. MANUEL

Cuentan por ahí que don Juan Kumpel está muy airado por el nombramiento de don Manuel Diéguez.

Don Juan es de los que no toleran competencias, en lo cual se parece a todos los grandes hombres.

Piensa don Juan, y con razón, que cuanto más ratones haya, tanto menos queso ha de tocar a cada uno.

Y esto del queso es cosa seria.

Por eso es que don Juan legisla para aumentarlo, lo que de seguro hará también don Manuel Diéguez.

Son dos vaqueros *di primo cartello*.

¡NOBLES CORAZONES!

En la noche del 14 del corriente don Alfredo González fué a Canosa. Acompañado de su fiel Adán Acosta, el hombre de la casita regalada, se presentó en la de don Máximo, el hombre que no saluda a sus progenitores.

Los dos ilustres varones de Plutarco (ya son tres con Arias del Solar) se reconciliaron tiernamente y juraron sobre el altar de la libertad del sufragio, sacrificar sus rencillas en aras de la Patria.

¡Nobles corazones!

LA ELOCUENCIA DE TOBITITAS

En la sesión del lunes 11 de este mes de diciembre, Tobisitas estuvo verdaderamente elocuente y trágico. Sobre todo cuando nos pintó la captura de don Máximo, en la noche nefanda del 7 de marzo de 1906:

«El venerable jefe del Partido Republicano se encontraba en su finca entregado a sus faenas agrícolas. Con sus augustas manos plantaba unos repollos en las sombras de la noche. Se presentaron los sicarios del Poder y sin respeto por este nuevo Cinci-

nato nocturno, le hecharon el guante así como estaba, vestido de trapillo y con un gran sombrero de palma. Lo montaron en un caballo viejo y ¡al cacharro!»

El orador tuvo que interrumpir aquí su peroración por los sollozos de Adán Acosta que partían el alma. En la voz de Tobisitas había un eco de dolor infinito, de indignación suprema, de aquella misma indignación con que en otros tiempos denunciaba en las plazas públicas el peligro fernandista.

EL RESPETO A LAS DAMAS

Unánime protesta levantó hace poco la falta de respeto a una dama, cometida en un momento de lamentable extravío. Esa falta de respeto ha sido duramente castigada, no por el confinamiento a Golfo Dulce de quien la cometió, sino por la reprobación de todos los costarricenses sin distingos de banderías políticas.

Nosotros, como todos, la condenamos enérgicamente, pero al mismo tiempo nos parece oportuno recordar—y lo hacemos con dolor—que el caso tiene un precedente.

Hace próximamente un año que *El Imparcial*, órgano del Gobierno, agravio groseramente a otra matrona de Costa Rica, y el autor del agravio ni fué a Golfo Dulce ni lo probaron los mantenedores del periódico.

PÓLVORA EN ZOPILOTES

Estos pedagogos son implacables. Tal fué la frase que pronunció uno de los asistentes al acto de clausura de la Normal, cuando regresaba de Heredia en el tren presidencial.

Y así es en efecto. El 1.º de diciembre de 1915, en la fiesta de los boy-scouts de la Escuela Juan Rafael Mora, don Roberto Brenes Mesén pronunció, en presencia del Designado, un discurso sobre la fidelidad inquebrantable que los hombres deben guardar a la palabra empeñada. El tema no podía ser más plagiado en aquellos momentos en que don Alfredo González acababa de quebrantar la suya.

Un año después, el 10 de diciembre de 1916, nuevo discurso de don Roberto sobre el mismo tema, en presencia otra vez del Designado, quien no sólo no se ha enmendado en los doce meses y diez días transcurridos, sino que ha faltado repetidas veces a sus promesas y juramentos.

Los que asistimos al acto y escuchamos las palabras de don Roberto, que machacó a más y mejor sobre el referido tema, con una fruición verdaderamente sádica, estábamos en áscuas, como San Lorenzo en la parrilla. Tan sólo el Designado daba señales de una despreocupación sublime, como diciendo: ¡A mí prim!

Buen discípulo de don Máximo es don Alfredo.

dice cómo el Gobierno hace mesa limpia de la libertad civil de los ciudadanos secuestrándoles cual si fuesen peligrosos malhechores, y cierra luego los oídos y vuelve la cabeza con desvío, ante el mandato sereno pero imperativo como la justicia, del Tribunal Supremo que ha extendido su brazo amparador sobre las víctimas de la arbitrariedad oficial, otorgándoles la garantía del Hábeas Corpus.

Los espíritus están sobrecogidos, señor Presidente, porque advierten que este Gobierno que hemos instituido y que mantenemos los costarricenses sin reparar en sacrificio para proveer a la defensa común y asegurar los beneficios de la libertad, según la feliz expresión del constituyente, se torna en un peligro general y en amenaza de que aquellos beneficios que son la única razón de ser del Gobierno, resulten ilusorios, convertidos en la más cruel de las irrisiones. La Cámara trabaja en este momento como una caldera a alta presión; y sería imprudente que usted tratara de contenerla. La indignación, el desencanto, el miedo, y el deseo de una sanción cuando menos moral, provocados por el Poder Ejecutivo con sus desmanes, no se satisfacen con la salida fácil de pasar a la orden del día.

Estamos aquí para deliberar y para cumplir con nuestro deber y no hay nada que pudiera impedirnos. Nada torcerá nuestra decisión de corresponder a nuestro mandato.

Ya lo hemos oído: los agentes del Poder Ejecutivo cual taimados malhechores en una noche tenebrosa y de modo clandestino, arrebataron de su hogar a un joven valiente, de vida intachable, contra quien no pesaba más cargo que el contraste que la entereza de su carácter hiciera con los improvisados poderosos del momento; y ese joven, digo, ha sido llevado en el silencio de la noche a las desiertas e insalubres playas de Golfo Dulce en donde se le abandonó destituido de todo elemento de subsistencia. A estas horas aún no sabemos qué ha sido de él con todo y la protección del Hábeas corpus decretado en su favor.

Se trata, pues, de saber antes que otra cosa, si este Congreso de Representantes del pueblo, va a convertirse en este caso en cómplice del Poder Ejecutivo y si sancionará con su actitud pasiva este hecho escandaloso que recuerda *la mazorca* de los tiempos de Rosas en la Argentina.

¿Cómo el señor Presidente del Congreso, Jefe del Partido Republicano que durante 25 años ha flameado al través de la República el estandarte de las libertades y del respeto sincero a la Constitución que las consagra, no ha descendido ya de ese sitio para venir, fiel a sus promesas de otro tiempo a colocarse al lado nuestro a compartir el esfuerzo en la jornada que emprendemos en defensa de esa libertad y esas garantías que su partido en todo tiempo ha mostrado a los pueblos como promesa magnífica, como la buena nueva de la verdadera república democrática?

El Presidente permanece sin embargo en su sitial, en donde el reglamento lo aleja del debate.

¿Qué fué del caudillo?

Afortunadamente, señores diputados, nos hallamos a las puertas de la campaña electoral para la renovación de poderes y puede que este incidente sea la primera etapa de la misma. Es la bancarrota de los principios proclamados por el Partido Republicano, es la revocación de sus mejores promesas.

## TIENE LA PALABRA EL DIPUTADO ANDERSON

EL PRESIDENTE.—Continúa la discusión de los proyectos del Poder Ejecutivo sobre tributación.

ANDERSON.—Pido la palabra.

EL PRESIDENTE.—Tiene la palabra.

ANDERSON.—No me explico señor Presidente cómo puede usted pretender que pasemos a la orden del día sin que hayamos solucionado como es debido el

gravísimo incidente planteado por el señor Diputado Guardia. Se ha hecho aquí una acusación formal al Ministro de Gobernación y urge que se depuren los hechos y que se investigue la verdad de las cosas a fin de sentar la correspondiente responsabilidad. Porque esa acusación que se refiere a un hecho concreto y que desde hace días trae conmovida la opinión pública nos



Los principios estampados en el programa de su partido, señores, y con los cuales ese partido se presenta a demandar la adhesión de los ciudadanos; y las declaraciones hechas en documentos públicos por los hombres de Gobierno, no pueden revocarse por un mero acto de voluntad, porque ellos viven, en tanto que se mantenga el honor y el decoro de quienes los formularon. En 1914 el actual presidente de la República, primer botón del Partido Republicano, llevado al poder como él mismo lo declaró, en aras de lo imprevisto; hizo protestas ante nosotros que sonaron a nuestros oídos como un consuelo, como la esperanza, yo diría seguridad de que a pesar de aquel descalabro, los derechos civiles y políticos cuyo respeto estaba ya consagrado por la tradición, continuarían siendo efectiva realidad. Aquí tengo el mensaje del señor González:

«Acabo de prestar un juramento siguiendo un mandato constitucional y si para alguno eso pudiera no ser más que una mera fórmula, para mí tiene todo el valor de un acto de trascendencia; mi uorma en el Gobierno será la Constitución, serán las leyes de Costa Rica; su respeto para mí se impone como obligación sagrada...

»Si por pundonor considero sagrado aquel juramento, también por una convicción arraigada en mí, respecto de asuntos de orden puramente material, le doy esa importancia: La prosperidad económica de los países está en relación directa con la perfección directa de las armazones políticas sobre las cuales descansan.

»Obvio creo también decir que considero *dogma sagrado* en el credo republicano la libertad de la Prensa, que sin ello no hay democracia y que no seré yo quien lleva en su conciencia el estigma de haber conculcado esa libertad...

«Qué ha sido de todas esas hermosas promesas? ¿Subsisten ellas frente a frente del atentado contra la libertad individual y de la libertad de la prensa que motiva esteincidente? ¡Ah! No, señores, pretender eso sería agregar la irrisión a la ofensa! De aquellas palabras hermosas y de aquel dogma sagrado del Partido Republicano no queda nada, como no sea la triste experiencia adquirida por el pueblo para juzgar a sus ídolos y rendentes.

Pero nosotros, señores, tenemos que decir al menos una palabra que nos libre del cargo de medrosos consentidores de los escándalos que contemplamos. Debemos hacer venir aquí al ministro de Gobernación y puesto que no podemos más, le enseñaremos a deletrear la Constitución y lo iniciaremos en las obligaciones que ella le impone como salvaguardia de los ciudadanos. Si no lo hiciéramos así, seríamos infeasos nuestro mandato e inconsecuentes con el pueblo cuyas garantías están a nuestro cuidado.—Y al regresar esta tarde a nuestros hogares, si nuestras esposas y nuestros hijos nos demandaran cómo cumplimos con nuestro deber y qué hicimos en esta hora de prueba para guardar los derechos y garantías de hoy que son también las de mañana, habríamos de responder con fusos y avergonzados que no supimos ponernos a la altura de lo que la patria tiene derecho a esperar de un diputado conciente de subrogación y de lo que un hombre libre debe sembrar para que cosechen aquellos que han de sucederle.

Es necesario, señores, que este asunto se resuelva y que nuestra actitud sirva para po-

ner fin al atropello de que es víctima el joven periodista Villalobos. El Congreso tiene entre sus principales atribuciones políticas la de vigilar por el cumplimiento de la Constitución; y es necesario que le digamos al Poder Ejecutivo, que cuantas veces trate de echarse sobre la libertad de un ciudadano nos encontrará medio a medio en su camino, dispuestos a cerrarle el paso.

Mediante nuestra actitud de hoy, el joven Villalobos volverá al hogar y la Corte Suprema de Justicia depositaria fiel de nuestros derechos y garantías, no será burlada en su resolución. Ese voto lo impone el imperativo categórico del deber y lo demanda nuestro común interés de ciudadanos costarricenses.

Vamos a votar además señores diputados, bajo el peso de una presión nobilísima: La presencia aquí del anciano padre de Villalobos, cuya figura llena de dignidad y de entereza recuerda el tipo de los viejos costarricenses. Ese anciano cuya mirada denuncia la tribulación que aflige su ánimo, nos interroga desde aquella barra; qué hacemos para devolver al hogar ese hijo querido de cuyo paderno no sabemos. Nos interroga también cómo haremos efectivos nosotros, las libertades públicas, esas por los cuales nuestros abuelos, sus contemporáneos no repararon en sacrificio para darnoslas en forma de patria y libertad. Señores diputados, ya lo he dicho, el Gobierno se ha organizado para asegurar el bienestar común; y el que ahora dirige los destinos de la República se ha convertido más bien en fuente de intranquilidad, de trastorno general y de amenaza.

¡No lo consintamos!

## Un bostezo

La sesión del Congreso en que el diputado Guardia suscitó la cuestión del extrañamiento de Asdrúbal Villalobos, es una de esas jornadas que no se olvidan, que no deben olvidarse. La santidad de la causa y la gallarda inspiración de sus defensores, hizo decir a Alejandro Alvarado que parecía que allí las llamas de Pentecostés flotaran sobre las cabezas de los opositonistas.

La pujante lógica de los cargos, la galanura de la oratoria, la luzidez de la idea, la sinceridad palpitante de cada palabra, todas las condiciones de la gran elocuencia, subyugaron los ánimos de los presentes en aquella memorable Asamblea; a los unos, los de oposición, entusiasmandolos hasta el delirio; y a los otros, los de la IMPOSICIÓN, anonadándolos hasta el silencio bochornoso. Sin embargo, hubo una persona, una sola, que permaneció indiferente a tanta hermosura y a tanto ardor: don Máximo.

Cuando más vibrante era la arenga de Volio, digna de Danton o Camilo Desmoulin, don Max bostezaba, bostezaba con toda la amplitud de su boca y toda la fuerza de inspiración de su voluminoso vientre. Y los bostezos continuaron, sin que lograran sellar su bozaca los latigazos de Anderson, los botes de lanza de Guardia, los obuses de Cortés.

Se lamentaron en ese día los diputados de la minoría de que el jefe del Partido Republicano permaneciera quieto y mudo ante un atropello, ante un acto de descarado despotismo cumplido por el Gobierno. Nada más injusto. Yo creo que el susodicho jefe no incurrió en esa falta; no hubo tal mutismo, ni tal quietud. Don Max habló sin palabras, y habló con claridad, sin retenciones ni vaguedades. Don Max bostezó cuando se hablaba de libertades y de democracia, cuando se trataba de poner en práctica la justicia y el derecho.

El bostezo es indicio de aburrimiento, de debilidad, de hambre o de sueño. Cualquiera de estos cuatro sentidos que se dé al bostezo de don Max, en aquella ocasión, basta para precisar la recóndita naturaleza cívica de este obeso ciudadano.

Que don Max—el predicador—SE ABURRA

de la democracia y de sus sanos principios en el momento de hacerlos vivir en nuestra sociedad, es natural, ya que jamás pretendió el que vivirían sino que sirvieran de manto enebridor a sus concupiscencias.

«Que don Max esté débil? Sorprendería que un hombre de tan buenos cuartos como él se sienta débil alguna vez. Pero no, es que su debilidad no es muscular, ¡que val! La debilidad de que él padece la conocieron los Velarde, el doctor Flores, etc., y las debilidades de que ahora sufre Mr. Keith y la Standard Oil la saben de memoria. Y estas don debilidades que no lo abandonan, ni en el Congreso.

«Que don Max tuviera hambre? Pero si nadie ha podido colmar las ansias de este endriago. Además de que el hombre de libertad sólo le recuerda el cebo con que ha pescado bobos en el río eleccionario, para venderlos luego en el mercado de las confabulaciones. La palabra libertad es para él como el olor de un *bistecque*.

«Y el sueño? ¡Ah! sí. Don Max tiene sueño siempre: de ahí esa su pereza al andar, ese apoyarse en las espaldas de sus gamonales. Tantas son las vigiliat, que han gastado su sistema nervioso. Muchos son los recuerdos que torturan a este hombre singular cuando la calma de la noche lo deja a solas con su conciencia.

Así, pues, a nadie sorprenderá el bostezo del Caudillo Republicano en aquella excelsa ocasión: es todo un discurso. Debilidad, hambre, tedio y sueño, todo eso fué don Max, en los momentos en que la briosa oposición reclamó el cumplimiento de las promesas hechas al pueblo por su Partido. Pero el bostezo fué tan visible y tan grande que don Max dejó ver, al desnudo, todo su ser cívico. Y en verdad, que si su físiuo no es tan seductor que digamos, el cívico, Dios mío! es el Isidro Marín del alma! ¡Y viva don Máximo!

RIFO

## La clausura

Violentamente fué clausurada la Cámara.

Al presidente faltóle tiempo para descargar la mano en golpe definitivo sobre el timbre.

No habrán quedado muy satisfechos por cierto los representantes del pueblo del modo cómo cumplieron de esta vez con sus deberes.

No es el hecho precisamente de que hayan entregado a la voracidad del Gobierno los dineros del pueblo, lo más lamentable a que hemos asistido durante las sesiones extraordinarias.

No, no es eso.

Lo más doloroso es que se han puesto de relieve muchos hombres, y que si no fuéramos jóvenes y por ende no estuviésemos colmados de optimismos, creeríamos que el espíritu público ha muerto en Costa Rica, ya que los diputados de la mayoría no se han portado más dignos que las escobas de barrer: los suelos.

Poco da que nos prometan grandes progresos materiales. ¿Para que los queremos si nos falta espíritu? Ya lo había dicho un pensador nacional: «un país con grandes palacios y comodidades pero carente de alma, es cosa tan inapreciable como lo sería una jaula de oro que encerrará un pájaro mudo y sin plumaje.»

Que se enriquezcan por nuestra cuenta, que se enriquezcan pero que no anulen las nobles manifestaciones del espíritu.

Y algo de esto hubo en las últimas sesiones del Congreso.

El timbrazo de clausura resuena en nuestros oídos lóbregamente.

## Del lobo un pelo

El diputado don Clodomiro Salas negó su voto, según confesión hecha por la prensa, a la moción del diputado Pacheco encaminada a censurar al Gobierno por los atropellos cometidos en mal de dos ciudadanos de la República.

Alega el diputado Salas que hubiera querido algo más fuerte.

Eso lo deseábamos todos, hasta el señor Pacheco, seguramente. Pero si la protesta se hace en tono airado no se cojen los votos que se cogieron.

Del lobo, un pelo, señor Salas; por lo demás usted tiene razón ¡vaya!



## Llueve sobre mojado

RECTIFICACIONES

A fuer de respetuosos de la verdad, tenemos que hacer dos rectificaciones acerca del criterio que de la personalidad del profesor Brenes Mesén nos habíamos formado en cuanto a su vida actual. Se nos había dicho, y así lo creíamos, que el ilustre ex-ministro había dado al olvido sus aficiones a la enseñanza primaria, desde que en provecho de sus manos aristocráticas se había dedicado a la diplomacia. Y se nos había dicho también, y lo creíamos así, que el sabio profesor, el antiguo rebelde contra las usurpaciones y los desmanes de los gobiernos en general, se había identificado—como don Mariano—con la política gobiernista, a pesar de la caída soberana que sufrió en Washington por culpa de Castro Quesada.

Mas después de ayer, después de la fiesta de los *boy-scouts* de la Escuela Juan Rafael Mora, no podríamos seguir manteniendo tal opinión del señor Brenes, sin que ello entrañara una grave injusticia. Por eso ahora declaramos *urbi et orbi* que Brenes Mesén continúa con gran empeño en el cultivo de la educación de la infancia, y que consecuente con sus añejas prédicas, es un adversario franco y resuelto del actual régimen gubernativo.

Y vamos a decir el por qué de un cambio tan radical de concepto. Mas no gastemos palabras propias y reproduzcamos de memoria algunos párrafos del precioso discurso del señor Brenes, y ellos bastarán para darnos la razón, advirtiendo eso sí que detrás de él se hallaba sentado, además del hombre del Calzón Colorao, el señor Designado don Alfredo González. Dijo el orador:

«Jóvenes: Habéis prestado un juramento. Es preciso que comprendáis cuán fuerte compromiso habéis contraído en este instante. Es preciso que sepáis que el hombre que empeña su palabra para la realización de un acto, en ella pone todo su honor, toda su vida. Jamás debe, a pretexto de conveniencias o de razonamientos especiosos, faltar a la fe jurada, porque en tal caso perdería su calidad de hombre. Jóvenes, cumplid siempre lo que prometéis, haced siempre lo que juráis, tened culto fervoroso por vuestra palabra y vuestra firma. No la deshonréis jamás».

Así dijo el señor Brenes, aunque en forma más elegante. Y era de ver el gesto ardiente que en su semblante se pintaba, el además viril de su mano femenina, el fulgor que a través de sus espejuelos se escapaba de sus pupilas y era de oír su voz vibrante, como de apóstol divino, en esta hora en que transfigurado por los impulsos más hermosos que el hombre pueda sustentar, exhortaba a los *boy-scouts* a mantener inmaculada a costa de cualquier sacrificio, la virginidad de la honra que en una palabra, una firma, o un juramento, ponen los hombres.

El señor Brenes, pues, sigue siendo maestro de la niñez, ya que ayer ha dado una lección de alta moral al Niño que nos gobierna. Y el señor Brenes Mesén es opositorista ferviente, porque sólo siéndolo pudo ocurrírsele mentar en casa del ahorcado la sogá, proponiendo al señor Designado el rato más amargo que haya podido saborear en su corta vida pública. Parecía que por su memoria pasaran en ese momento la firma del pacto Durán-González, y el juramento de la Constitución. Palideció, volvió a ver al Hombre de Calzón Colorao en busca de confort, no lo halló, se secó el sudor, tragó algo,

## Sección de kindergarthen de la Escuela Horacio Mann



No todo ha de ser escepticismo, severidad y rigor; también este biseñario guarda culto a los acontecimientos que dejan entrever un futuro halagüeño y significan esperanza y fe para esta Patria que hoy hace tan amarga prueba y experimenta tan rudas dolencias cívicas y morales.

y no sabemos qué más le pasó. Pero abatió la frente.

¡Ah! si tuviéramos a un *boy-scout* de verdad en la Presidencia de la República!

FOX

(De *La República* del 2 de diciembre de 1915.)

## La discusión detallada

Recordamos estas palabras del diputado Anderson dirigidas a la mayoría en la jornada de honor:

—¿Qué váis a responder, señores representantes, cuando vuestras esposas os pregunten si habéis cumplido con vuestros deberes de ciudadanos y de voceros del pueblo?

Pues, señor Anderson, posiblemente ellos deben tener una frase ya gastada en varios años de uso para que aquella que los acompaña en la vida y hace menos innobles los actos de los hombres venales no se sonroje demasiado.

No en una sesión, en todas las transcurridas desde el 1.º de mayo hasta la fecha, pudo habérseles enderezado la misma interrogación y siempre resultara acusadora.

Lo hemos visto especialmente en la discusión detallada de la reforma del sistema tributario. Una sola objeción no saltó de los labios patrióticos de la mayoría. El señor Fernández Alvarado estando resueltamente decidido contra la reforma no ha tenido un solo argumento en favor de su tesis.

Por eso los diputados de la mayoría interrogados por sus esposas pueden responder satisfechos de su patriotismo:

—Tú estarás tranquila en las próximas legislaturas; el amo tiene mucha estimación por nosotros.

La sección de kindergarthen de la Escuela Horacio Mann, cuyos ejercicios finales artístico-científicos, se verificarán el domingo 24 de este mes, adorna admirablemente hoy este órgano del sentir nacional adicto a todo hecho que se traduzca en un bien efectivo para Costa Rica.

## Cortesía a mi modo

SEÑORES

D. Alejandro Alvarado y D. Víctor Guardia

Amigos queridos y respetados:

Me piden ustedes que aclare la nota referente a don Manuel Coto, que apareció en la pasada edición de este semanario que tengo el honor de dirigir. Y voy a complacerlos. Creo que no debí ser extendido el gesto del señor Coto a toda su vida. El haberlo ampliado es mi falta. Pero nada más. Por lo que toca a las apreciaciones que merece el señor Coto en lo referente a su última actitud en el Congreso, opino que aún anduvo muy considerado el periódico.

Los talentos del señor Coto para los que jamás tuve regateos sino que por el contrario, son tantos que algo restan a su modo político de ser. Ya sé que ustedes dicen que el señor diputado es una víctima de la amistad. Eso para mí no es argumento. Cuando hay un interés nacional de por medio, los hombres desaparecen; así pienso y jamás he tenido inconveniente en combatir a amigos de mi aprecio y hasta de mi cariño, por defender lo que he creído un bien común, tal vez equivocadamente.

Pero sobre todo, mis queridos amigos, no entiendo por qué se preocupan ustedes tanto por lo que se le diga al señor Coto cuando él ha dicho que pagaría sólo por verse lastimado en las columnas de la prensa.

Y yo le hago tan marcado servicio sin esperar retribución.

A que resultado a la poste mejor amigo que ustedes del señor Coto...

Sírvanse aceptar las manifestaciones de mi respetuoso afecto,

FRANCISCO SOLER.

